



Andrés Fernández Alcántara

Andrés Fernández Alcántara

**LA VOZ
A TI DEBIDA**

10 - 30 de Junio de 2011
TORREDELCAMPO

Notas a la obra escultórica de Andrés Fernández Alcántara

Manuel Urbano

Amor junto a amor y desde él, con él siempre y en vida a dos, es la muestra antológica de escultura que Andrés Fernández Alcántara presenta esta primavera en su pueblo de nacimiento, con el que irremunciablemente es. Casi una veintena de obras, todas de talla directa en piedra –el artista golpea directamente al material bruto- que, entre otros nexos, les une el más que significativo dato de formar parte de la colección que, en el transcurso de los años, ya tres decididas e intensas décadas de trabajo vocacional y arte, fue formándole a su esposa, Consuelo Gutiérrez. Estamos, por tanto, ante una serie de obras mimosamente escogidas que, a su vez, se nos vienen como otras tantas ofrendas de amor. De aquí que, nada más plantearme la redacción de estas palabras iniciales para su catálogo, se me vino aleteante a la memoria el principio de la segunda estrofa de la Égloga III de Garcilaso:

*Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fría en la boca
Pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca.*

La voz a ti debida que se tomara en legítimo préstamo Pedro Salinas para rotular uno de los grandes poemarios amorosos de la literatura en español de todos los tiempos y, por ende, de su generación, la del veintisiete, de la que tantos nos proclamamos confesos deudores. Y más. A mi ver, Andrés, residente desde hace más de dos décadas en la complutense Alcalá de Henares, autor de inquietantes

figuras pétreas, entre las que destacan, como podemos admirar cumplidamente en la muestra, las de Don Quijote y el propio Miguel de Cervantes –tan humanos como esencializados, tan expresivos como contruidos con personalísima geometría-, de seguro que conoce cómo el Príncipe de los ingenios, en la segunda parte de su inmortal novela, también utilizó, adueñándose, esta misma estrofa en dos octavas y las que pone en labios de un joven tañedor de arpa vestido a la romana y cantando armoniosamente ante el túmulo de la bella y enamorada Altisidora.

Pero, al margen de erudiciones vanas y comineras, apunto que la estrofa transcrita del poeta toledano se cierra con un verso que, en su redondez expresiva, nos sugiere el hacer artístico de Andrés Fernández Alcántara: “Libre mi alma de su estrecha roca”. ¿Qué otra cosa, si no la liberación del espíritu que aprisiona la piedra informe es el hacer escultórico del torrecampeño? De lo que se nos presenta amorfo y casi innominado, pero firme y rotundo, obtiene directamente con toda elocuencia su silente albergue. De cuanto se define por su pesadez e inerte, extrae su voz viva, aquello que la propia piedra tenía impreso en el interior y que sólo la mirada atenta del artista sabe adivinar, traducir y plasmar con su propia caligrafía, con su estilo. De ahí, entre otras sensaciones, la impresión de misterio desvelado y sorpresa que nos producen estas esculturas. Situarnos ante ellas es, a mis ojos, como asistir a un espectáculo inédito y del que se carece de cualquier noticia anterior. En ellas Andrés Fernández Alcántara no sólo aprehende la palpitación de vida de cuantas variadas figuras crea; sino, lo que le individualiza sin regateo alguno, además y sobre

todo, el alma enclaustrada de la propia materia, la poesía del corazón de la piedra. Y todo ello, algo a resaltar, respetando la esencia del material. Andrés en su proceso creativo, lento y riguroso, tiene especial interés en resaltar las peculiaridades, las cualidades intrínsecas de la materia, a la que trata y trabaja para arrancarle su propia capacidad de transmisión.

Y algo más que no debo omitir. En el recorrido antológico que se nos ofrece en esta muestra, no obstante los evidentes tonos que marca el tiempo y la legítima evolución creativa de su autor, se advierte otra constante, la que marca y define a una escultura sin grandilocuencia, sin aparatosidad orquestal, pero con grandeza en la que bien puede adivinarse el esfuerzo –el sudor– con que creciera. Una obra en la que, frente a su reducido formato, se alza la monumentalidad; algo evidente, pues la monumentalidad no es cosa de magnitudes, sino de proporciones. Grandeza que, sobre el tamaño, nos habla de expresión y sentimiento, de aquella grandeza en el concepto, del gesto, del equilibrio, de la concepción de las figuras y personajes y de cuanto estos nos dicen, que ellos también poseen voz y nos la tienen debida. Por ello, en esas piezas –voz firme en el espacio– en las que toma carne y sustancia la hermosura, se advierte el latido de cuanto no se ve, la palabra habitada del silencio cuando el alma de la piedra se afirma.

En Jaén y en la primavera de 2010.